

Newton Compton Editores

Título original: *The Christmas Cat*

© 2014, Melody Carlson. Originalmente publicado en Reino Unido por Revell,
un sello de Baker Publishing Group.

© 2023, de la traducción por Marta Carrascosa Cano

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-36-1

Código IBIC: FA

DL: B 14.893-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Sergi Godia

Impreso en noviembre de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Melody Carlson

El gato de la Navidad

Traducción de Marta Carrascosa Cano



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

*Para Harry,
un gato Maine coon excepcional
que nos encontró en medio de un invierno lleno de nieve
y se ganó un lugar en nuestros corazones.*

Capítulo 1

Garrison Brown era conocido por cruzar la calle para evitar el contacto con un vulgar gato callejero. Mientras caminaba a toda velocidad bajo el aire helado de Seattle, hizo un mohín al ver que un gato negro se le cruzaba por delante. Con la cabeza gacha, la criatura escualida se metió en el callejón que había detrás de un restaurante muy conocido y se perdió entre la niebla. Garrison odiaba a los gatos. Vale, «odiar» era una palabra demasiado fuerte. Sencillamente, no quería tener nada que ver con esas pequeñas bestias peludas.

Durante su periodo como misionero en África, su abuela se burlaba de él de forma cariñosa por correo electrónico: «¿Has recorrido medio mundo para escapar de mis gatitos peludos?». Por supuesto, los gatos domésticos eran poco comunes en Uganda, pero no era su alergia a los gatos lo que le había obligado a abandonar el país, y abu lo sabía.

Al entrar en el edificio de apartamentos donde se alojaba temporalmente con un viejo amigo, Garrison se recordó a sí mismo que los gatos podían ser bastante divertidos, al menos a una distancia prudencial. Incluso había disfrutado con algunos de los divertidísimos vídeos de YouTube que abu le había enviado en los últimos años. Se le quedó grabado el del gato vestido de tiburón

que montaba sobre un robot aspirador y perseguía a un pájaro.

Mientras subía el primer tramo de las escaleras, pensó que era impresionante que su abuela de edad avanzada se hubiera vuelto tan hábil con la tecnología. Y era igual de increíble que la anciana hubiera conseguido acumular tantos gatos durante los nueve años que él había estado en Uganda. Por alguna razón, abu se había convertido en un imán para los gatos abandonados y víctimas de malos tratos. Ella lo llamaba el «ministerio de San Francisco», pero a él le daba escalofríos pensar en todos esos bichos peludos deambulando por su casa.

Garrison era muy consciente de que abu no era la única persona amante de los gatos que había en este país. A menos que fuera imaginación suya, la población gatuna del país se había multiplicado considerablemente durante su ausencia. No tenía una explicación lógica para este fenómeno, pero parecía que dondequiera que mirase, incluidos los anuncios televisivos, había: gatos, gatos y gatos. ¡Y no se refería a los del musical de Broadway!

Se detuvo en el hueco de la escalera para sacar el teléfono móvil que tintineaba en el bolsillo de su abrigo. Esperando que fuera el director de la organización sin ánimo de lucro con el que acababa de hacer una entrevista, respondió con impaciencia:

–Hola, Garrison al habla –dijo con un entusiasmo alegre.

Su compañero de piso le había estado animando a que mostrase una actitud más joven y moderna, aunque Garrison tenía solo treinta y cuatro años y la jubilación le quedaba muy lejos. Pero según Randall, Seattle era una

ciudad para jóvenes, y, si Garrison quería encajar, tenía que ponerse al día.

–¿Garrison Brown? –preguntó una voz grave.

–Sí, soy yo.

–Me alegra haberle localizado, Garrison. Aunque me temo que tengo malas noticias.

A Garrison se le cayó el alma a los pies. Seguro que el director había decidido, como tantos otros miembros del personal, rechazarlo con educación para el puesto de trabajo. ¿Por qué se sorprendía? Sin embargo, no solían llamar de esta forma.

–Me llamo Edward Miller –dijo el hombre–. Soy el abogado de Lillian Brown y...

–¿El abogado de mi abuela? –interrumpió Garrison–. ¿Ha ocurrido algo?

–Sí. Siento informarle de que la señora Brown ha fallecido.

–Oh... –Garrison dejó de subir las escaleras cuando se le formó un nudo en la garganta–. ¿Abu ha muerto?

–Sí. Falleció esta mañana o quizá anoche. Un vecino la encontró hace unas horas. Lamento mucho su pérdida.

Le invadió una sensación de culpa. La intención de Garrison había sido pasar más tiempo con su abuela al volver de Uganda. Había querido hacerlo. Pero entre las citas médicas para curarse de la malaria, seguidas de entrevistas de trabajo para sanear sus cuentas bancarias, habían pasado varios meses. Solo había podido ir una vez, y fue una visita rápida en un viaje que apenas duró un día con su compañero de piso. Había planeado sorprenderla en Acción de Gracias y pasar toda la semana con ella. Pero ya era demasiado tarde.

–¿Qué ha pasado? –preguntó con un tono de voz débil–. Quiero decir, entiendo que tenía más de ochenta años, pero parecía que gozaba de buena salud. Hablé con ella hace unos días.

–Supongo que fue el corazón. ¿Sabía usted que había sufrido algunos problemas cardiovasculares?

–No. Nunca lo mencionó. –Subió el último tramo de escaleras.

–Ya, bueno, me lo comentó a finales del verano pasado. Fue cuando vino a hacer algunos cambios con respecto a su patrimonio. Creo que sabía que no le quedaba mucho en este mundo.

–No tenía ni idea. Siempre parecía tan alegre y enérgica. –Garrison sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas al imaginarse a la anciana trabajando en su jardín rodeada de su variopinto grupo de gatos adoptados. Estrelló el puño contra la puerta. Con malaria o sin ella, ¿por qué no había pasado más tiempo con ella nada más llegar de Uganda?

–Lamento su pérdida, Garrison. Como estoy seguro de que ya lo sabe, la señora Brown lo designó como su único heredero.

Garrison suspiró al oír la palabra «heredero». Pobre abu, al igual que él, no tenía casi a nadie..., aparte de a sus gatos, claro.

–Sí, bueno, abu y yo no tenemos muchos parientes más.

–Por eso espero que pueda venir a Vancouver y nos ayude a poner las cosas en orden...

–Por supuesto –respondió Garrison mientras introducía la llave en la cerradura de la puerta de Randall–. Iré lo antes posible. Quizá esta noche, si puedo coger un autobús a tiempo.

—Mañana está bien. —El señor Miller le dio algunos detalles sobre los deseos de abu para su funeral y el entierro—. Ya me he puesto en contacto con su pastor. El servicio puede celebrarse el próximo lunes a las once, si usted está de acuerdo. Pero estoy seguro de que hay otros detalles que querrá atender.

—Bien. —Garrison entró en el apartamento de su amigo e hizo una pausa para anotar algunas cosas junto a algunos números de teléfono—. Le llamaré cuando llegue a la ciudad; seguramente mañana —le dijo al abogado.

Dieron por terminada la lúgubre conversación. Garrison colgó el teléfono y se dejó caer en el desgastado sillón de cuero. Inclinado hacia delante, con la cabeza entre las manos, se permitió llorar. Una parte de él se sintió avergonzado: llorar de esta manera le parecía poco masculino. Pero entonces recordó algo que un amigo ugandés le dijo una vez: «Un hombre de verdad no tiene miedo a derramar lágrimas». Además, mientras se sonaba ruidosamente la nariz se recordó a sí mismo que estaba llorando a abu.

Abu había sido su mayor apoyo después de la muerte de sus padres en un accidente de coche hacía veintidós años. Se había quedado viuda hacía poco, pero la mujer había mostrado tener muchas agallas al insistir en acoger a su amargado nieto adolescente en su casa. Apenas conocía a Garrison y, sin embargo, lo había querido siempre, en las duras y en las maduras. Y había habido muchas malas rachas. Pero, a pesar de su arraigada rebeldía y su actitud insolente, se negó a abandonarlo. Incluso lo perdonó cuando estuvo a punto de incendiar el colegio más cercano. Su gracia y perseverancia acabaron con-

quistándole, tanto ella como su fe. Sin abu, sabía que se habría consumido en las llamas.

Y ahora ella se había ido y él ni siquiera había podido despedirse.

–Hola, amigo –saludó el compañero de piso de Garrison al entrar en el apartamento con un par de bolsas de la compra entre los brazos–. ¿Qué tal la entrevista? –Randall frunció el ceño mientras dejaba una bolsa sobre la encimera–. ¿Qué pasa?

–Mi abuela. –Garrison se sorbió los mocos y se puso de pie. Cuadró los hombros tratando de parecer fuerte, viril–. Acaba de llamarme su abogado. Abu ha muerto esta mañana.

–Oh, colega, lo siento mucho. –Randall negó con la cabeza, apenado, y dejó la otra bolsa–. Tu abuela era de las buenas. Siempre he sentido respeto por esa mujer encantadora. Es una pena. Pero tuvo una buena vida. Lo sabes, ¿verdad?

–Sí. –Garrison se llenó un vaso de agua y bebió un buen trago–. Abu era una auténtica dama. La voy a echar de menos..., mucho. –Le explicó sus planes de viajar en autobús a Vancouver a la mañana siguiente.

–O podrías llevarte mi coche –dijo Randall, empezando a sacar la compra.

–Gracias. Pero no sé cuánto tiempo voy a quedarme allí. Si no me equivoco, abu nunca se deshizo de su viejo Pontiac. Lo usaré mientras esté allí.

–¿Estás de broma? Ese coche tiene que ser una antigualla.

–Ya –coincidió Garrison–. Tenía más de quince años cuando el comité a cargo de las misiones se lo regaló al volver de Kenia.

–Aun así, podría funcionar. Tenía una bocina increíble. ¿Recuerdas cuando conducías ese coche de camino al instituto?

–No me lo recuerdes. –Garrison intentó no rememorar todas las veces que había conducido demasiado rápido–. Igualmente, lo usaré mientras esté allí, a ver qué tal. –Garrison señaló con la cabeza la variedad de alimentos que Randall estaba alineando a lo largo de la encimera–. ¿Y todo esto?

–Le prometí a Rebecca que esta noche le haría la cena –explicó Randall.

–¿Es una ocasión especial?

Randall se encogió de hombros.

–Qué va. Es solo que he perdido una apuesta.

–Bueno, puedo esfumarme si necesitáis...

–Ni hablar. Será mejor que te quedes. –Se le iluminaron los ojos–. Además, voy a hacer *Pad Thai*. Sé lo mucho que te gusta.

A pesar de la tristeza, a Garrison le rugió el estómago. No había comido nada desde primera hora de la mañana, y recordó que, en la universidad, Randall había trabajado de cocinero en un restaurante vietnamita. Su *Pad Thai* estaba de muerte.

–¿Necesitas ayuda? –le preguntó.

–Claro. –Randall le dio un manojito de cebolletas.

Mientras trabajaban juntos, pelando y cortando, Garrison rememoraba a la abuela.

–Recuerdo cuando me acogió –dijo–. Intentó ocultarlo, pero me di cuenta de que seguía llorando la muerte de mi abuelo. Había muerto unos meses antes. Fue muy triste perder a su marido y a su único hijo en tan poco

tiempo. Pero siempre parecía tan fuerte. Tan leal y optimista.

—¿Y no acababa de volver de una misión? Por aquel entonces, mis padres formaban parte del comité de misiones de nuestra iglesia. Aún los recuerdo hablando de esa viuda misionera y de cómo todos debían ayudarla a sentirse como en casa en Vancouver.

—Sí, la acababan de trasladar de vuelta a Estados Unidos. Quería quedarse en Kenia, para seguir con el trabajo, pero el comité no se lo permitió. Por suerte, para ella y para mí también, los padres de mi abuelo le dejaron la casa.

—Fue algo bueno, tanto para ti como para mí. —Randall sonrió al tiempo que vertía un poco de salsa de pescado en un vaso medidor—. Recuerdo cuando os mudasteis al barrio. Enseguida supe que íbamos a ser muy buenos amigos.

—Sí. Fue bastante guay. —Garrison asintió mientras colocaba la cebolleta picada en un bol de metal, entonces suspiró—. Sigo sin poder creerme que ya no esté.

—Al menos sabes que está en un lugar mejor.

Garrison suspiró.

—Sí..., pero ojalá hubiera ido a verla, quiero decir... antes de que fuera demasiado tarde.

—Bueno, si alguien podía entenderlo, esa era tu abuela. Sabes que estaba muy orgullosa de ti, tío. Al trabajar en Uganda como lo hiciste. Ayudando a abrir todos esos pozos en aquellas aldeas. —Sonrió mientras abría un tarro de salsa de pimienta—. Seguramente ahora esté en el cielo, presumiendo de ti.

Garrison esbozó una media sonrisa cuando sonó el timbre y Randall se apresuró a abrir. Rebecca irrumpió en el

apartamento, saludó a Randall con su habitual energía bulliciosa, y se quejó de la tormenta que se adentraba en el estrecho.

—¿Te puedes creer que ayer estábamos a quince grados y que según el parte meteorológico podría nevar en Acción de Gracias? —Saludó a Garrison y se quitó la parka.

Garrison conocía a Rebecca desde hacía casi tanto tiempo como a Randall. Habían ido juntos a la universidad en Vancouver. Pero no fue hasta hace poco cuando Randall y Rebecca habían retomado el contacto gracias a las redes sociales. Habían estado saliendo de manera habitual durante casi un mes. Como resultado, Garrison había empezado a sentirse un poco como un tercero en discordia en aquel lugar. Randall intentaba quitarle importancia a la relación, pero Garrison estaba seguro de que Rebecca oía campanas de boda en su cabeza. Y al ver que Randall la saludaba con un beso y le susurraba al oído..., Garrison sabía que no se trataba solo de Rebecca. En consecuencia, Garrison había estado muy centrado en encontrar un trabajo desde entonces. Sabía que necesitaba salir de allí y ser independiente. Cuanto antes, mejor para todos. El problema era que había pocas ofertas de trabajo de lo que él buscaba y muchos candidatos.

Dejó caer la última zanahoria pelada en el escurridor del fregadero, dedicándole a Rebeca una sonrisa de disculpa.

—No quería fastidiarte la cena...

—No molestas —declaró mientras entraba en la cocina con ojos compasivos—. Randall acaba de contarme lo de tu abuela. —Le dio un cálido abrazo—. Lo siento, Garrison.

Él asintió.

–Sí. Sé que era mayor y parece ser que tenía ciertos problemas de salud, pero aun así no puedo creerme que se haya ido.

–¿Qué va a pasar con todos sus gatos? –Rebecca alcanzó una zanahoria, la partió por la mitad y le dio un buen mordisco—. Mi tía vive al final de la calle donde está su casa. Algunos vecinos, ya sabes, los que no conocen muy bien a tu abuela, empezaron a llamarla «la señora de los gatos». Se rumorea que ahora tiene como veinte gatos.

Garrison frunció el ceño.

–Bueno, por lo que yo sé, la última vez que los conté eran siete. No, seis. La más vieja, Genevieve, la que adoptó justo después de que me fuese a la universidad, murió hace unos meses. Incluso le envié flores a abu. Genevieve tenía veintitrés años.

–¿En serio? –Se colocó junto a los fogones—. ¿De verdad los gatos viven tanto?

–Supongo que algunos sí.

–Puede que llamen a abu la señora de los gatos, pero está claro que no tiene veinte gatos –aclaró Garrison—. Bueno, a menos que acogiera a otros gatos de los que no me he enterado. Aunque hablábamos todas las semanas nunca lo mencionó.

–Bueno, seis gatos no está tan mal. –Rebecca le dio otro mordisco a la zanahoria—. Vi a una anciana en la televisión. Vivía en Florida y tenía más de cien gatos. Menos mal que nadie ha inventado el olfato a distancia o tendría que haber cambiado de canal. En serio, era asqueroso.

Garrison se estremeció.

–Suena asqueroso.

Rebecca se rio.

–Sobre todo para los que odian a los gatos, como tú.

–Garrison no odia a los gatos –dijo Randall a la defensiva–. Es solo que tiene alergia. Lo he visto. Un gato se acerca a menos de tres metros y el pobre empieza a estornudar y a respirar con dificultad.

–Lo sé, lo sé. –Rebecca sonrió, arrepentida, a Garrison–. Es que me gusta tomarte el pelo.

Los tres charlaron amigablemente mientras preparaban juntos la cena. Luego se sentaron alrededor de un gran cuenco de *Pad Thai*. Después de ayudarles a limpiar, Garrison se marchó a su habitación para organizar el viaje y empaquetar algunas cosas. Pero más que eso, quería estar solo. Y estaba convencido de que la pareja también quería estar a solas. Era evidente que ya no encajaba en este lugar. A veces se preguntaba si encajaba en algún sitio. Lo más probable es que fuese solo cuestión de tiempo que esos dos decidieran casarse. Se alegraba mucho por Randall. Y por Rebecca. Pero también se sentía como «el raro». En muchos sentidos.

Garrison no estaba celoso. De hecho, se alegraba de que Randall y Rebecca se hubieran encontrado después de todos estos años. Ahora todos habían pasado la treintena. Ya era hora de sentar la cabeza. Si las cosas hubieran ido de otra manera en Uganda, Garrison también se habría casado. Pero Leah había elegido otro camino: casarse con otra persona. Y, en realidad, Garrison lo había superado. Como solía decir abu, aquello era agua pasada. Cerró la cremallera de su maleta. Ya no había vuelta atrás.

Pensar de nuevo en abu no hizo más que traer de vuelta toda la tristeza. ¿Por qué no había regresado a casa antes? ¿De verdad eran legítimas sus excusas de buscar

trabajo y las visitas al médico? ¿O acaso había permitido en secreto que unos cuantos gatos viejos lo mantuvieran alejado? ¡Estúpidos gatos!